



El mayor fue diagnosticado con TEA y tratado en el Hospital Día de Coquimbo. El menor, con signos de depresión, sigue sin tener atención en el sistema público. La historia de Karen de la Torre pone rostro a la sobrecarga y exclusión que viven muchas familias en la región.



Salud mental infantil en crisis: cuando el sistema alcanza para uno, pero deja fuera a otro

Por: *Valentina Echeverría O.*

La crisis de la salud mental infantil y adolescente en la región de Coquimbo sigue golpeando a familias que buscan atención oportuna. Las largas listas de espera, la falta de camas y especialistas, y la ausencia de una red que responda a la demanda hacen que muchos niños queden sin tratamiento.

Ese es el caso de Karen de la Torre, madre de Felipe y Gaspar, perteneciente a la agrupación Antu-Kuyen quien llegó desde Antofagasta a la región en el año 2020. Su experiencia refleja los desafíos que enfrentan cientos de familias. Mientras su hijo mayor logró acceder a un programa intensivo en el Hospital San Pablo de Coquimbo, su hijo menor aún no puede recibir atención.

DE LA ATENCIÓN PRIVADA A LA RED PÚBLICA

Al llegar a la región, Felipe, diagnosticado con Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad (TDAH), comenzó a presentar crisis intensas de hiperactividad y episodios de rabia. «Todos en casa sufríamos las consecuencias; mi hijo menor vivió esta etapa de una manera

muy cruda, ya que veía los golpes que recibíamos y debía mantenerse encerrado en una pieza con llave por muchas horas para que no fuera agredido», recordando que estos episodios eran involuntarios.

En plena pandemia, la familia recurrió a consultas privadas con neurólogos y una psiquiatra. Sin embargo, los costos eran insostenibles. La especialista recomendó cambiarse a FONASA y, a través de un Cefam, Felipe fue derivado al policlínico Infanto-juvenil del Hospital San Pablo.

Por la gravedad del caso, Felipe ingresó al Hospital Día, programa intensivo donde recibía atención de lunes a viernes entre las 9:00 y 15:00 horas. Allí fue diagnosticado con Trastorno del Espectro Autista (TEA) y otros dos trastornos, ajustando así su tratamiento.

«En el Hospital Día fue contenido y atendido integralmente, es decir, psicología, psiquiatría, terapia ocupacional y actividad física. Pasamos de crisis diarias de muchas horas a episodios aislados en la semana», cuenta la madre.

Además, a pesar de los momentos difíciles que Karen vivía día a día, encontró conciliación entre las múltiples madres y padres que se en-

contraban luchando por sus hijos en el mismo lugar. «Ahí conocimos muchas mamás que vivían la misma situación que nosotros, con niños con diferentes diagnósticos».

A pesar de los avances, la falta de camas derivó en hospitalizaciones improvisadas. «Estuvo 10 días en pediatría del Hospital de San Pablo. La espera fue terrible, porque el personal no está capacitado para tratar crisis de salud mental. Fue difícil contenerlo, mide 1,75 y tiene mucha fuerza».

Posteriormente, Felipe fue trasladado a la corta estadía en Ovalle, donde permaneció 40 días. La familia debía viajar diariamente para visitarlo. «Fue desgastante, pero salió mejor y pudo iniciar el alta en el Hospital Día».

SEGUNDO HIJO, SIN ACCESO A TRATAMIENTO

Mientras Felipe avanza, la atención se volcó hacia Gaspar, de 8 años, quien presenta crisis de ira asociadas a depresión gatillada por la situación familiar. Sin embargo, su caso no ha sido considerado prioritario en el sistema público.

«El sistema no tiene cabida para él porque no está grave. No tengo acceso ni a

psicóloga ni a psiquiatra. Debo atenderlo de forma particular, lo que significa pagar un psiquiatra de \$75 mil mensual, psicóloga \$200 mil, medicamentos \$150 mil, terapia alternativa \$160 mil. Es inalcanzable».

La historia de Karen no es aislada. Organizaciones de padres y profesionales de salud mental advierten que la capacidad regional está sobrepasada. Las camas de hospitalización breve son escasas, los programas intensivos limitados y los diagnósticos aumentan año a año.

«Uno de mis hijos tuvo atención, pero ¿qué pasa con los demás niños? Gaspar quizás nunca entre al sistema, como muchos otros, porque no da abasto y muchos quedan fuera», resume la madre, evidenciando una crisis que, pese a los esfuerzos, aún deja a decenas de familias sin una respuesta efectiva.